



SOCIETÀ DI SAN FRANCESCO DI SALES
SEDE CENTRALE SALESIANA
Via Marsala 42 - 00185 Roma
Il Rettor Maggiore

150 AÑOS DE LOS SALESIANOS COOPERADORES

125 AÑOS DE SALESIANOS ATOCHA

XXX DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

MADRID-ATOCHA

25 DE OCTUBRE DE 2026

HOMILÍA

Éx 22, 20-26 – Sal 17 – 1Tes 1, 5c-10 – Mt 22, 34-40

Queridos hermanos y hermanas, querida Familia Salesiana:

Celebramos esta Eucaristía con el corazón lleno de gratitud. Hace ciento cincuenta años, en 1876, Don Bosco dio forma a una intuición que llevaba tiempo madurando: contar con hombres y mujeres que, sin dejar su familia, su trabajo y su lugar en la sociedad, compartieran con él la misión en favor de los jóvenes. Así nacieron los Salesianos Cooperadores. Y hace ciento veinticinco años, en 1901, ese mismo sueño echaba raíces aquí, en Atocha, con la primera presencia salesiana en Madrid. «Un sueño que continúa»: así habéis querido llamar estos días. La Palabra de Dios que acabamos de escuchar nos dice precisamente de qué está hecho ese sueño y por qué puede y debe continuar.

Al doctor de la Ley que le pregunta por el mandamiento principal, Jesús responde uniendo dos frases que Israel conocía bien: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón» y «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Al oír la palabra «mandamiento», podríamos pensar que el amor es ante todo una obligación, una tarea más que cumplir. Pero antes que una orden, el amor es un regalo que Dios nos hace de manera gratuita, es su manera de encontrarnos con su amor divino. El amor no se deja mandar: nadie ama por

decreto. Si Dios puede pedirnos que le amemos, es porque Él nos ha amado primero, sin que nosotros hiciéramos nada para merecerlo.

El amor es una realidad que Dios nos hace conocer y experimentar por pura iniciativa suya. Lo vemos en la primera lectura. El Señor recuerda a su pueblo: «Emigrantes fuisteis vosotros en la tierra de Egipto». Es como si dijera: antes de pedirnos nada, yo os saqué de la esclavitud; os conocí cuando no erais nadie; escuché vuestro grito. Y por eso añade: «Si grita a mí, yo lo escucharé, porque yo soy compasivo». La ley de Israel nace de una experiencia: la de haber sido amados, escuchados, liberados. El salmo lo canta con palabras que hoy hacemos nuestras: «Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza». No es el amor de quien cumple, sino el de quien ha sido salvado.

Pero este don no se impone. Dios respeta nuestra libertad. Si, con libertad, dejamos que su amor entre en nuestro corazón como una semilla, entonces germinará también dentro de nosotros y dará forma a nuestra vida. La semilla no hace ruido; crece en lo escondido, a su ritmo. Así ha sido la historia de esta hermosa casa. En mil novecientos uno (1901) llegaron a Atocha unos pocos salesianos, con una gran confianza en la Providencia. Apostaron por la formación profesional, por los jóvenes que más oportunidades necesitaban. Durante ciento veinticinco años, generaciones de muchachos han aprendido aquí un oficio, una educación, y han adquirido también una dignidad, una manera de estar en el mundo, una fe. Cuántos profesionales, padres y madres de familia, ciudadanos honrados de esta ciudad y no solo, pueden decir con gratitud: «Yo me formé en Atocha». Esa es la semilla que ha germinado, y Madrid y España están mejor gracias a ella.

Hay algo más. Solo cuando el amor de Dios tiene raíces profundas en nuestro interior somos capaces de amar incluso a quien no lo merece, porque así lo hace Dios con nosotros. La primera lectura habla del emigrante, de la viuda, del huérfano, del pobre que pide prestado, de quien ha dejado en prenda su único manto. Son personas que no tienen nada que ofrecer a cambio. Amarlas no «renta». Por eso solo puede amarlas de verdad quien ha experimentado que también él ha sido amado gratuitamente. Don Bosco lo sabía bien: los muchachos que acogía en Valdocco no siempre eran fáciles, ni agradecidos, ni simpáticos. Pero él los miraba convencido de que, en cada uno, incluso en el más difícil, hay un punto accesible al bien.

De este amor, recibido gratuitamente y asumido libremente, aprendemos tres cosas.

Aprendemos, en primer lugar, a desear siempre y solo el bien, y nunca el mal. El amor verdadero no calcula ni busca el propio provecho; quiere que el otro viva, crezca, sea feliz.

Aprendemos, en segundo lugar, a mirar al otro con la mirada de Dios, que es la mirada de Jesucristo. No solamente con nuestros ojos, que juzgan, clasifican y a veces descartan, sino con los ojos de Jesús, que veía en Zaqueo a un hijo de Abrahán y en la samaritana a una mujer sedienta de verdad.

Y aprendemos, en tercer lugar, una empatía pura, que no pide nada. Una cercanía que no pasa factura.

La mirada del amor verdadero y auténtico sale del corazón, y por eso es capaz de captar las expectativas más profundas del otro. ¿Qué espera de nosotros un joven hoy? Muchas veces no espera grandes discursos. Espera que alguien le escuche, de verdad, sin prisa, sin respuestas preparadas. Y espera recibir atención sin que se le pida nada a cambio. Es lo que Don Bosco vivía al estar en medio de los jóvenes: una presencia que acompaña, que se interesa, que hace sentir al otro que es importante. Cuántos jóvenes en nuestras ciudades se sienten invisibles, solos ante pantallas que les hablan mucho pero no les escuchan nunca. Ahí está nuestra misión.

Y aquí quiero dirigirme de manera especial a vosotros, Salesianos Cooperadores. Hace ciento cincuenta años, Don Bosco intuyó que el bien de los jóvenes no podía depender solo de sacerdotes y religiosos. Necesitaba laicos comprometidos que llevaran el espíritu salesiano a la familia, al trabajo, a la vida pública, a la cultura. Vosotros sois hoy ese sueño hecho realidad. San Pablo decía a los cristianos de Tesalónica que habían llegado a ser «un modelo para todos los creyentes», y que, desde su comunidad, la palabra del Señor se había difundido por todas partes.

Lo mismo puede decirse de vosotros: vuestra fe, vivida en lo cotidiano y sin ruido, es una palabra que resuena. No necesitáis explicar mucho; vuestra vida habla. Gracias por vuestra fidelidad, por vuestra generosidad, por tantas horas entregadas a los jóvenes, a las familias, a las parroquias y a la sociedad. Y con vosotros, gracias a toda la Familia Salesiana: Salesianos, Hijas de María Auxiliadora, ADMA, Antiguos Alumnos, educadores, animadores y voluntarios. Juntos sois la gran red que Don Bosco soñó.

En la dinámica de este amor ocurre también algo sorprendente: el camino inverso. No solo el amor a Dios nos lleva al prójimo; también el amor al prójimo nos lleva a Dios. Al abrirme al otro tal y como es, al salir a su encuentro, al mostrarme disponible, me abro también a conocer a Dios, a sentir que Él está ahí y que es bueno. Cuántos educadores lo han experimentado: entramos en un aula o en un patio pensando que vamos a dar, y salimos habiendo recibido; habiendo descubierto el rostro de Dios en un muchacho que nos confió su historia. Cerrar los ojos ante el prójimo nos vuelve ciegos también ante Dios; abrirlos al joven necesitado nos abre los ojos al Señor.

Por eso, como enseñaba Benedicto XVI en el Ángelus del 4 de noviembre de 2012, el amor a Dios y el amor al prójimo son inseparables y están en relación recíproca. Jesús no inventó ninguno de los dos, pero nos reveló que, en el fondo, son un único mandamiento, y lo hizo sobre todo con su propia vida, entregada hasta el final.

Queridos hermanos y hermanas: celebrar este doble aniversario significa dar gracias por tantas personas que hicieron posible este camino – muchas de ellas gozan ya de Dios – y es renovar hoy nuestro compromiso con la educación y la evangelización de los jóvenes. El sueño de Don Bosco continúa si seguimos dejándonos amar por Dios y si ese amor se convierte en escucha, en atención gratuita, en formación, en oportunidades para los jóvenes que más lo necesitan.

Pongamos este doble aniversario en las manos de María Auxiliadora, que guio a Don Bosco en cada paso. Que ella nos enseñe a guardar la Palabra, para que el Padre nos ame y venga a hacer morada en nosotros. Y que, desde esta casa de Atocha, el sueño continúe.

Amén.